

MISA CRISMAL
S. I. Catedral de Santander, 20 de abril de 2011

+ Vicente Jiménez Zamora
Obispo de Santander

“Aquel que nos amó, nos ha librado de nuestros pecados por su sangre, nos ha convertido en un reino, y hecho sacerdotes de Dios, su Padre, a Él la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén” (Ap 1, 5-6).

El Espíritu del Señor nos congrega un año más en nuestra S. I. Catedral Basílica, madre y cabeza de todas las iglesias de la Diócesis, para celebrar la Misa Crismal, preludio del Triduo Pascual.

Agradezco la presencia de consagrados y laicos, que queréis acompañarnos en esta mañana para dar gracias a Dios por el don inmenso del sacerdocio ministerial, nacido de la institución de la Eucaristía en el Cenáculo. Sé que de vuestros corazones surge espontánea la gratitud a vuestros sacerdotes por su entrega silenciosa, permanente, y no siempre bien comprendida. Pedid en esta Santa Misa por ellos, pues vais a ser testigos de la renovación de sus promesas sacerdotales.

A este sentimiento de gratitud de los laicos y consagrados, uno mi propio agradecimiento sincero. Hermanos y amigos sacerdotes: quiero manifestaros con el corazón abierto mi aprecio y gratitud, al mismo tiempo que renuevo mi disponibilidad de entregarme a la Diócesis y de servir y acompañaros humana y espiritualmente, aun en medio de mis fragilidades y pecados. Rezo por vosotros y sé que vosotros rezáis también por mí. Os agradezco de corazón vuestra presencia numerosa esta mañana aquí en la Catedral de la Diócesis, en los umbrales del *“Triduo de Cristo crucificado, sepultado y resucitado”* (San Agustín, *Carta 55*, 14). Habéis venido de los cuatro puntos cardinales de la Diócesis. Sentimos también la cercanía de los sacerdotes ancianos, enfermos, los que no han podido venir por diversos motivos, los sacerdotes misioneros y también los sacerdotes difuntos en este último año y han recibido ya la corona prometida a los siervos fieles y cumplidores. Los tenemos presentes en el recuerdo agradecido y en la oración de la Iglesia.

Significado de la Misa Crismal

“La Misa Crismal, que el Obispo celebra con su presbiterio, y dentro de la cual consagra el santo crisma y bendice los demás óleos, es como una manifestación de comunión de los presbíteros con el propio Obispo” (OGMR, 157). Con el santo crisma consagrado por el Obispo, se ungen los recién bautizados, los confirmados son sellados, y se ungen las manos de los presbíteros, la cabeza de los Obispos y las iglesias y los altares en su dedicación. Con el óleo de los catecúmenos, éstos se preparan y disponen al bautismo. Con el óleo de los enfermos, éstos reciben el alivio en su debilidad.

Dios nos toca por medio de realidades materiales, a través de los dones de la creación, que pone a su servicio, convirtiéndolos en instrumentos de encuentro entre nosotros y Él mismo. Los elementos con los que se construye el mundo de los sacramentos son cuatro: el agua; el pan de trigo; el vino de uva y el aceite de oliva. El agua, que nos convierte en hijos de Dios por el bautismo, naciendo a una vida nueva. El pan de la Eucaristía que nos hermana en la unidad de la misma mesa de la fraternidad. El vino, que evoca la fiesta y la alegría de los redimidos. El aceite de oliva, que tiene un

amplio significado. Es alimento, medicina, embellece, prepara para la lucha y da vigor a nuestro cuerpo. El misterio del aceite está presente en nuestro nombre de “cristianos”, que viene de “Cristo” (cfr. *Hc* 11, 20-21), que es la traducción griega de la palabra “Mesías”, que significa “Ungido”. Ser cristiano quiere decir pertenecer a Cristo, el Ungido de Dios, aquel a quien Dios ha dado la realeza y el sacerdocio.

Mensaje de las lecturas bíblicas

La liturgia de la Palabra, que hemos proclamado, gira en torno al Espíritu Santo. En la primera lectura del profeta Isaías hemos escuchado: “*El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha unguido*” (*Is* 61, 1). En el evangelio de San Lucas, Jesús da cumplimiento a esta profecía (cfr. *Lc* 4, 16-21).

En esta jornada sacerdotal irradia con fuerza el Espíritu Santo. Entre el Espíritu Santo y el sacerdote hay una profunda relación. Como sacerdotes hemos nacido del Espíritu Santo. Fue invocado sobre nosotros el día de nuestra ordenación y tenemos la certeza de su presencia y de su “sello” o “marca”, porque sentimos sobre nuestras cabezas la imposición de las manos del Obispo y de los hermanos presbíteros.

Una señal de que el Espíritu está con nosotros es que nos ilumina para anunciar con valentía el Evangelio del Señor, porque “no nos predicamos a nosotros mismos, dice Pablo, sino a Cristo Jesús como Señor, y a nosotros como siervos vuestros por Jesús” (*2 Cor* 4, 5). Quien tiene el Espíritu Santo habla como testigo.

Otra señal de la presencia del Espíritu en nosotros es el servicio a los más pobres. Isaías habla de los que sufren, de los que tienen desgarrado el corazón, de los que carecen de libertad y están en prisiones.... El sacerdote, como el Buen pastor, conoce el corazón de los hombres y se acerca sin miedo al dolor, a las miserias humanas, que pueden mancharle. El Espíritu nos sitúa en la vida misma de las ovejas. Hoy tenemos que solidarizarnos con los que más sufren la grave crisis económica y con las familias en desempleo, intensificando el gesto de un día del salario al mes para el fondo de los parados, e invitando a nuestras comunidades a tener gestos de caridad y solidaridad con los más desfavorecidos, según nos propusimos hace un año y así consta en la programación diocesana. Jesús pronunció en la sinagoga de Nazaret la homilía más corta que se conoce: “Hoy se cumple esta Escritura, que acabáis de escuchar”. El sacerdote hace su mejor homilía con su vida y con su testimonio coherente.

Finalmente, el Espíritu Santo “reaviva” la gracia de nuestra ordenación sacerdotal para ser fieles al ministerio recibido. Pablo le dice a su discípulo Timoteo que “reavive” la llama de la gracia que ha recibido por la imposición de manos del Obispo (cfr. *2 Tim* 1, 6). La Jornada sacerdotal de hoy, en la Misa Crismal, nos llama a una conversión renovada, como siempre nuevo es el sacerdocio ministerial, a través del cual, el Señor Jesús se hace presente en nuestras vidas y, por medio de nosotros, en la vida de los hombres. Somos un don para el mundo. Hoy el Señor y la Iglesia nos piden a los sacerdotes convertirnos a la propia identidad. ¡Debemos convertirnos en aquello que ya somos por la ordenación sacerdotal: configurarnos con Cristo Buen Pastor, Cabeza y Esposo de la Iglesia. Tenemos que entrar en los misterios que celebramos, especialmente la Eucaristía, y dejarnos plasmar por ellos. Es en la Eucaristía donde el sacerdote descubre su propia intimidad. Cuando el Obispo, el día de la ordenación, nos entregó la patena con el pan y el cáliz con el vino, nos dijo: “Recibe la ofrenda del pueblo santo para presentarla a Dios. Considera lo que realizas e imita lo que conmemoras, y conforma tu vida con el misterio de la cruz del Señor”.

Un mundo descristianizado, como el nuestro, necesita de nueva evangelización y establecer un diálogo con los no creyentes en el “atrio de los gentiles”, pero, sobre todo, la nueva evangelización exige sacerdotes “nuevos”, no en el sentido de una efímera moda pasajera y superficial, sino con un corazón renovado con los mismos sentimientos

www.sotodelamarina.com

y actitudes del Corazón de Cristo Sacerdote, que ofreció su vida en la cruz en ofrenda filial y amorosa al Padre y en entrega generosa a todos los hombres.

Hermanos laicos y consagrados. También vosotros habéis recibido la unción del Espíritu Santo y habéis sido sellados con el santo crisma en el bautismo y en la confirmación. Sois un pueblo de reyes, una asamblea santa, un pueblo sacerdotal (cfr. *1 Ped 2, 9*). Acoged y tratad bien a vuestros sacerdotes. Son vuestros padres, hermanos y amigos, y os necesitan. Dad gracias a Dios por cada uno de ellos. Considerad cuánto bien os hacen los sacerdotes. Rezad mucho por ellos, por su santificación y por los seminaristas, que se preparan para ser sacerdotes el día de mañana. Acompañad a los sacerdotes cuando sientan el cansancio, el sufrimiento y la cruz.

Queridos hermanos: pongo en las manos de nuestra Madre la Bien Aparecida todo lo que acabo de proponer en esta homilía y, sobre todo, confío a sus cuidados maternales vuestras vidas sacerdotales. ¡Que San Emeterio y San Celedonio, nuestros Patronos, intercedan ante Dios para que todos los sacerdotes de nuestro presbiterio diocesano trabajemos por la unidad, la comunión y el anuncio del Evangelio en esta Iglesia que peregrina en Cantabria y en el Valle de Mena. Amén.